



Verano en el Valle del Anger | Elfi Lütcke (acrílico sobre tela, 2015).

“A dos de tres caídas...”

Rogelio Ramírez Gil

Universidad Autónoma del Estado de México

Alfonso releyó el texto impreso de “A dos de tres caídas”. Era, pensó, el peor artículo escrito durante su vida periodística. Su carrera de reportero deportivo comenzó cuando lo pusieron a hacer horóscopos para la sección de sociales. Como a los signos zodiacales solo los había visto en las cajetillas de cerillos, usados para encender la estufa y los cigarros, se declaró ignorante total en materia de astrología, pero no derrotado en sus intenciones de convertirse en *alguien* en los medios.

En esa época no existían Internet ni san Google, y su primera fuente de información fue un manualito pomposo de cinco pesos: *La astrología al alcance de sus manos*, comprado en un puesto de periódicos. Empezó, entonces, por reinterpretar (no *refritear* ni *plagiar*) los horóscopos de cuanto periódico o revista estaban a su alcance. Después creó su propio estilo. En ese tiempo supo que hay doce signos y él pertenecía a Capricornio con ascendente en Cáncer. Para apuntalar la credibilidad de su columna diaria se acercó a las fórmulas textuales clásicas de los más deslumbrantes y cotizados astrólogos del momento en la televisión: “el Sol entrará en contubernio con la Luna para iluminar tu tálamo nupcial...”; “hoy los astros te deparan una sorpresota...”; “Marte anuncia momentos de paz y tranquilidad en tu hogar...”; “Si eres hombre: Venus te



presagia un encuentro amoroso intenso, pero ojo, nada te garantiza que sea con una mujer..”

Durante ese tiempo, sin embargo, por más esfuerzos que hizo no entendió —y menos aprendió— cómo elaborar cartas astrológicas, y esto lo convenció para cambiarse a la sección deportiva, según lo había planeado desde el principio.

Hizo sus *pininos* en el fútbol y le gustó más hablar de la redondez del balón que de los planetas. En ocasiones, por la inexperiencia en el dominio de la jerga, llegó a describir “un tiro de esquina a once pasos frente a la portería...”; o “el saque de meta lo hizo el defensa por la línea lateral derecha del campo...” Estos errores no se publicaban, gracias al cedazo del jefe de sección y de los correctores de estilo y de galeras.

Le apasionó mucho ese deporte y llegó a practicarlo con los amigos de su colonia. También cambió su estilo y se atrevió a solicitar su ingreso a un club de primera división. Desde luego, después de algunas pruebas, lo rechazaron con amabilidad y cortesía: “usted perdone, pero la edad no es la adecuada...”

Sin resentimientos ni amarguras continuó frecuentando el club, para realizar entrevistas entre directivos, entrenadores o jugadores. La vida parecía tranquila. Se sentía orgulloso de entrar en las salas de prensa de los estadios y una emoción creciente cuando pisaba el césped, en medio de aquella masa expectante, no multicolor como en otros espectáculos, sino bicolor de acuerdo con los equipos en pugna. Allí aprendió los improperios catárticos más abiertos y los más eufemísticos como el del “hulero... hulero... hulero...”, dirigido casi siempre al árbitro.

Pasados los años, comenzó a sentir cierto aburrimiento. No había muchas posibilidades de escaparse los domingos con la familia, como lo hacía todo mundo, y eso provocaba serios conflictos en la estabilidad familiar. Solicitó un ayudante y se lo concedieron. Acompañado ya por sus hijos concurría a las tribunas para ver los juegos. No iba su esposa, pues ella aborrecía el fútbol.

Un domingo que no fueron sus hijos tomó cervezas más allá de lo acostumbrado. Al terminar el partido corrió a la redacción para escribir su crónica que, a decir verdad, era brillante. Al

día siguiente ocurrió el desastre. Primero encontró en su escritorio la indicación del jefe para que, por la tarde, se entrevistara con el director. Ese día estaba suspendido.

Para explicar el motivo de la suspensión, el director lo miró con enojo y leyó completa y en voz alta la crónica publicada esa mañana.

—¿Nota usted algo en el texto? —le dijo.

—No, señor —contestó.

Exaltado, el director vociferó tan alto que Alfonso reculó dos pasos.

—¿Cómo es posible —gritó— que en una crónica, casi candidata para recibir algún premio de periodismo, no diga lo más importante? —Y volvió a la carga— ¿Ya se fijó que no puso el resultado? ¡Todo mundo sabe qué equipo ganó, y el periódico no lo dice!

Alfonso aceptó el regaño y también el cambio de sección. Lo mandaron a cubrir notas de box y lucha libre. Un poco decepcionado y para amortiguar la inestabilidad emocional dejada por la sanción se inscribió en un gimnasio, para él mismo hacer ejercicio. Allí conoció gente del medio. Poco a poco se empapó de la información histórica de ambas disciplinas; supo quién fue Ultiminio Ramos, José Becerra, el "Toluco" López, el "Pajarito" Moreno, José "El Huitlacoche Medel", Raúl "Ratón" Macías, Salvador Sánchez, y otros. Por el lado de la lucha: "El Santo", "Black Shadow", "Blue Demon", Tonina Jacson, el "Cavernario" Galindo, el "Médico Asesino", "Gladiador", el "Gorila" Flores, etcétera. Hasta supo que Wolf Ruvinskis, antes de ser actor, fue luchador. Entre las llaves, supo que la hurracarrana fue invención del Huracán Ramírez.

El día que escribió "A dos de tres caídas" fue invitado por varios luchadores asiduos al gimnasio a presenciar la función en que tomarían parte. La arena, con su ring y graderío improvisados en medio de la feria para festejar al santo patrono del pueblo, estaba prácticamente a reventar. Había gran entusiasmo y muchos silbi-



dos y gritos. Aquí, a diferencia del fútbol, las agresiones verbales no eran dirigidas a las porras contrarias. La catarsis se hacía con gritos como “mátalo”, “métele la Wilson”, “aplicale la hurracarrana”.

En la primera lucha los ánimos comenzaron a calentarse, porque durante la primera caída uno de los rudos aplicó una llave prohibida. Los técnicos echaron agua a su molino y alentaron los insultos contra los rudos. La segunda caída fue ganada limpiamente por los técnicos. En el desempate los rudos tomaron sillas de la primera fila y golpearon con ellas a los técnicos. Terminaron descalificados.

En la segunda lucha apareció un personaje no incluido en el programa. Era un enmascarado precedido de fama internacional, según el anunciador venía de Europa y pronto se enfrentaría al campeón mundial welter, que era mexicano. El enmascarado sustituía a uno de los técnicos que intempestivamente había enfermado de diarrea. Parecía menos fuerte que los otros luchadores y, posiblemente por su desconocimiento del medio, se le veía algo titubeante.

La primera caída transcurrió con muchos adornos de saltos, maromas, patadas voladoras, filigranas en el aire y, como en el encuentro anterior, los ganadores fueron los rudos. En la segunda caída, sin embargo, corrió sangre a raudales: uno de los rudos sin máscara, salió volando del ring y, cuando regresaba, tropezó con la pata de una silla y cayó de bruces sin oportunidad de meter las manos, su frente se convirtió en un manantial que enrojecía todos sus alrededores. En la tercera caída, después de varios giros y saltos no muy vistosos, Cat Wilson —el enmascarado extranjero— levantó los insultos del público cuando comenzó a correr de un lado a otro del ring, eludiendo la lucha frontal con cualquiera de los rudos que se le acercara. El desastre surgió al rendirse en el primer instante en que le aplicaron la quebradora. El público abucheó enojado y en medio de creciente rechifla, los luchadores corrieron para protegerse de piedras y botellas que volaban en todas direcciones.

Al releer el artículo inspirado en esa lucha, Alfonso esbozó una sonrisa: ¡qué mal escribí ese día, pero qué desmadre armé con la máscara de Cat Wilson!

Rogerio Ramírez Gil

Correo electrónico: rogerio@prodigy.net.mx

Mexicano. Doctor en humanidades, con especialidad en estudios latinoamericanos por la Universidad Autónoma del Estado de México; diplomado en periodismo por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Profesor investigador de tiempo completo y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Actualmente es jefe del Departamento de Innovación y Desarrollo Tecnológico de la Dirección de Investigación en la Secretaría de Investigación y Estudios Avanzados de la UAEM.



Retrato de una joven Gótica | Micaela Villa Morales de Schäfer (temple y óleo sobre tela, 2005).